

# Quedan muros por derribar

Mil novecientos ochenta y nueve no fue sólo el último año de una década. Significó también el fin de una era.

El muro de Berlín fue apenas uno de los que cayeron. Con él desaparecieron también la guerra fría, el anticomunismo y muchos otros «muros», como el conflicto este-oeste, que sirvieron para justificar diferentes formas de opresión a los países del llamado tercer mundo.

Centroamérica fue una de las víctimas de los muros levantados por quienes pretendían contener las ansias de libertad de sus pueblos. Aquí, a igual que en otras latitudes, los pueblos continúan siendo víctimas de esa concepción caduca que ubica las causas de la rebelión popular en Moscú o La Habana, y no en las calles polvorientas de Morazán o Waslala.

Al bajar el polvo de los muros recientemente derribados, se podrá ver con claridad los verdaderos muros que mantienen a los pueblos centroamericanos en la miseria e ignorancia.

Contra esos se levantó el pueblo de Nicaragua en 1979 y hoy se levanta el salvadoreño: los muros de hambre, analfabetismo, mortalidad infantil, subdesarrollo, represión y tortura.

¿Con qué pretexto impugnarán ahora la demanda de democracia de los pueblos oprimidos?, ¿con qué argumentos negarán la tierra para los que no la tienen?, ¿cómo explicarán la falta de atención médica a quienes la reclaman?, ¿de qué manera pretenderán explicar el hambre y callar a los hambrientos?

Las luces de neón no serán suficientes para cegar a los millones de seres humanos que reclaman libertad, democracia, respeto a los derechos humanos, educación, salud y alimentación.

La solución a los problemas de los centroamericanos y de quienes han comenzado a botar muros en distintas partes no estará en las calles de Manhattan ni en los bancos de Suiza.

Cuando haya pasado el encanto de la novedad, se despejará el camino. Una vez derribados los primeros muros, ya no se aceptarán los que querrán someternos, los que hoy alzan su voz como falsos profetas o libertadores.

Serán entonces las máscaras de los verdaderos constructores de los muros, que oprimen no sólo a los pueblos subdesarrollados, sino también a los millones de seres humanos sometidos a la miseria en medio de la opulencia de sus vecinos.

Al contrario de lo que pretenden hacer creer los falsos profetas, esta es la hora de la liberación. Aunque no lo digan, están preocupados.

Los muros seguirán cayendo.